

LECTURA

La historia de José

Mis padres me echaron a los quince años. Vengo de una familia hispana *muy* católica, y cuando salí del armario, no pudieron aceptar lo que era. No quería entrar en el sistema, así que empecé a hacer couchsurfing, a pagarme el bachillerato y luego la universidad, aceptando varios trabajos intermitentes por el camino.



Hace tres años, fui con dos amigos indocumentados a un bar gay aquí en Tulsa. Cuando mostraron sus pasaportes internacionales a la persona de la puerta que comprobaba los documentos de identidad, los revisó y preguntó: —¿Dónde está el sello que demuestra que están aquí legalmente? Nos echaron y dijeron que llamarían al ICE si intentábamos regresar. Eso me rompió el corazón por completo. ¿Cómo puede una comunidad marginada marginar a otra comunidad?

Eso fue un sábado. El domingo llamé al Centro para la Igualdad Dennis R. Neill. Llené un reporte, hablé con el director ejecutivo y me reuní con los abogados. El jueves, nos reunimos con el bar, el cual se disculpó. Todo iba bien, pero entonces empezó mi trabajo.

Soy un hombre homosexual, latino y católico que ha sobrevivido violencia doméstica, y esto es la intersección en el trabajo; existe esta cultura dentro de los latinos que no acepta a los homosexuales debido **al catolicismo**,¹ y luego está el racismo dentro de la comunidad LGBT,

¹ En 2013, se estima que el 55 % de los 35,4 millones de latinos en Estados Unidos se identifican como católicos, lo que ha disminuido constantemente cada año. Al mismo tiempo, un tercio de todos los católicos estadounidenses eran hispanos, una cifra que está aumentando debido a la creciente población latina en los Estados Unidos.

y la discriminación hacia las personas que se identifican como bisexuales u otras orientaciones. Todos los programas que pongo en marcha aquí en el Centro para la Igualdad provienen de esas intersecciones.

En la escuela, tuve la oportunidad de presentar, producir y dirigir mi propio programa de televisión sobre problemas sociales llamado *Tulsa Youth Talk*. Ahora, tengo veinticuatro años, soy muy enérgico, recibo a todo el mundo y a cualquiera, y si alguien tiene una idea y quiere hacerla, haré lo que esté en mis manos para ayudarlo. Ninguna idea es tonta o estúpida. Por ejemplo, los grupos de apoyo (sé que no soy el único quinceañero al que han echado, y creo que debería haber un grupo de apoyo para cualquier cosa) aceptaré dirigirlos, les mostraré que hay tanto en este mundo que es tan hermoso. Utilizo esta metáfora: le doy las llaves del automóvil, le doy un automóvil, pago la gasolina y pago el seguro; solo tiene que conducirlo.

Después de la graduación, un mes antes de tener los 22, mi papá me buscó y se disculpó. Lloró. No le guardé rencor y le dije: —No soy nadie para que se disculpe, no se preocupe. Ahora hablamos, y me dijo que todo lo que haga tendrá representación de mi comunidad. En una fiesta de hace dos meses, incluso llevó una drag queen como entretenimiento. Lloré y simplemente le agradecí a mi papá por todo.

Hay otras familias que no hablan más con sus hijos. Estoy muy agradecido y soy muy afortunado de que mi padre haya vuelto. Pero cuando la gente dice: "Mi familia esto, mi familia aquello", yo digo: "Puede que mejore, pero no contenga la respiración". No contuve la respiración, dije: "No, voy a hacer lo que tengo que hacer y centrarme en mí". Ahora estoy aquí. Por alguna razón, eso fue lo que tocó el corazón de mi papá.²

² Tomado de Winona Guo y Priya Vulchi, *Tell Me Who You Are: Sharing Our Stories of Race, Culture, and Identity* (New York: Penguin Publishing Group, 2017), 208–210. Reproducido con autorización de TarcherPerigee, un sello de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC. Todos los derechos reservados.